



— CONSULTORES —

PERSPECTIVAS

# LA CRISIS COMO CATALIZADOR DE CAMBIOS EN EL ESTADO Y EN LOS NEGOCIOS

*Enmanuel Montás*



*Incertidumbre, impotencia y miedo son palabras familiares en la época del Covid-19. Podemos encontrar muchos otros términos para calificar cómo nos sentimos, pero al mismo tiempo resulta fundamental tomar, a nivel estatal e individual, las medidas que aumenten la posibilidad de que nuestros negocios sobrevivan.*

¿Estamos listos para el “nuevo normal”?

Las crisis tienen similitudes que giran en torno a la preocupación que causan de forma generalizada sobre nuestro bienestar y el de las personas que amamos o necesitamos. La incapacidad natural del ser humano de predecir el futuro nutre nuestra incertidumbre y con frecuencia nos hace reaccionar de forma compulsiva y consecuentemente irracional.

En estos momentos salen a flote las buenas decisiones que hemos tomado, pero particularmente las malas. Nos vemos obligados a aprender, de forma cruel, la irrelevancia de lo vanal y la trascendencia de lo elemental. Las crisis nos fortalecen, nos enfocan, nos obligan a cuestionar casi todo, incluyendo cuestiones que damos por sentadas y consecuentemente nos colocan en condición de tener una mayor incidencia sobre nuestro futuro.

Y aunque no podemos predecir con certeza el futuro, tenemos la capacidad de, en gran medida, moldearlo. La necesidad ha sido durante todo nuestro proceso evolutivo el motor que ha provocado las transformaciones que han mejorado de forma tan radical nuestros estándares de vida y el Covid-19 definitivamente va a transformar la forma en que hacemos negocios, impulsará el avance de la medicina y, esperamos, nos forzará a empoderarnos mejor como ciudadanos para poder exigir al Estado estándares de conducta más elevados. El futuro realmente puede ser mucho mejor de lo que pensamos.

Pero más allá de exigir al Estado, que tendrá que jugar un rol fundamental en la protección del aparato productivo como punto de partida para la preservación de empleos, el sector privado tiene que asumir una actitud proactiva. Para esto cada negocio necesita entender los retos que el Covid-19 le impone hacia lo interno, así como a sus interesados externos (por ejemplo, clientes y suplidores). Tiene que entender además los cambios que podrían ser necesarios implementar como resultado de esos retos.

Pero ¿qué tan alto es el porcentaje de negocios dominicanos en capacidad de entender esos retos y de implementar cambios que respondan a una estrategia y no a impulsos del momento? Con casi un 60% de la economía dominicana en la informalidad, la respuesta no puede ser muy halagüeña. Esto queda reiterado con el hecho de que alrededor del 75% de todas las recaudaciones de la DGII provienen de grandes contribuyentes que a su vez representan menos del 0.10% del total de contribuyentes. Estos son números que mueven a preocupación.

Sin lugar a dudas los grandes contribuyentes necesitan en gran medida de suplidores pequeños y medianos que requieren apoyo del Estado y, como todos los agentes productivos, de un verdadero clima de competitividad del que carecemos desde antes del Covid-19. Se trata pues de una verdadera dinámica circular donde grandes y pequeños se necesitan recíprocamente con un Estado que no puede permanecer indiferente.

La experiencia que nos dejará el Covid-19 debe provocar además un profundo cambio en la estructura legislativa y judicial y esa sí es parte de la labor del Estado. Hoy más que nunca nos damos cuenta que nuestro Código de Trabajo no está listo para enfrentar las necesidades que el Covid-19 nos impone. No estamos listos para el trabajo remoto con esos niveles de informalidad y de precariedad en el uso de la tecnología por parte de una mano de obra no solamente mal formada, sino extremadamente vulnerable como resultado de sus condiciones de hacinamiento que tradicionalmente hemos marginado y que hoy sirven como vector de transmisión clave del Covid-19 y de muchas cosas más.

Esta situación también nos demostró que la empleomanía básica es precisamente eso: básica. Pero básica en cuanto a su verdadera morfología en el sentido de que no es solamente general, sino principalmente, esencial y como tal debe ser tratada en cuanto a su formación y compensación.

Hoy más que nunca nos damos cuenta que un sistema judicial funcional tiene más sentido que uno enfocado en la formalidad. Que la prisión preventiva no puede ser la regla sino la excepción y que la competitividad solamente se demuestra con los hechos que la ponen a prueba cada día.

Hoy más que nunca nos damos cuenta que la salud no es un gasto sino una inversión. Nos damos cuenta que la educación es más que aulas que ahora

no podemos utilizar y que se aumenta la brecha entre aquellos que pueden ser educados a distancia y los que no pueden, condenando a estos últimos a perpetuar su círculo de pobreza. Nos damos cuenta que los héroes no tienen capas, sino que son personas ordinarias con una vocación humana tan extraordinaria que duele.

Los retos que nos quedan por delante no son vanales pues, dentro de muchas otras variables, no solamente enfrentamos una crisis sanitaria sin precedentes sino que la paralización económica afectará las recaudaciones, lo que conllevará más endeudamiento. Y como se trata de un fenómeno internacional, se prevé una caída de la inversión extranjera y de las remesas, que conjuntamente con el desplome del turismo, se podría traducir en un alza de la tasa de cambio como en efecto ha estado sucediendo.

El punto ahora es entender que estamos obligados a realizar cambios trascendentales; en gran medida a reinventarnos como entes productivos entendiendo mejor nuestras industrias y repensando nuestras propuestas de valor. Por ejemplo, el turismo podría enfocarse en el segmento poblacional más propenso a viajar cuando se levanten restricciones y finalmente se podría poner en funcionamiento del Fondo de Promoción Turística, contemplado legalmente, a través de un fideicomiso.

Por igual, las zonas francas podrían tener menos limitantes para vender al mercado local insumos médicos y el Estado podría revisar los descomunales impuestos que se aplican al sector telecomunicaciones, particularmente el impuesto selectivo al consumo, así como discontinuar la práctica de entregar a la Tesorería Nacional el 50% de los montos relativos a la Contribución al Desarrollo de las Telecomunicaciones, entre muchos otros aspectos que ameritan una profunda revisión. Y ante los esperados incumplimientos contractuales y situaciones laborales que deberían aumentar el flujo de litigios, podría ser el momento de darle a la mediación a nivel judicial la importancia que le hemos negado.

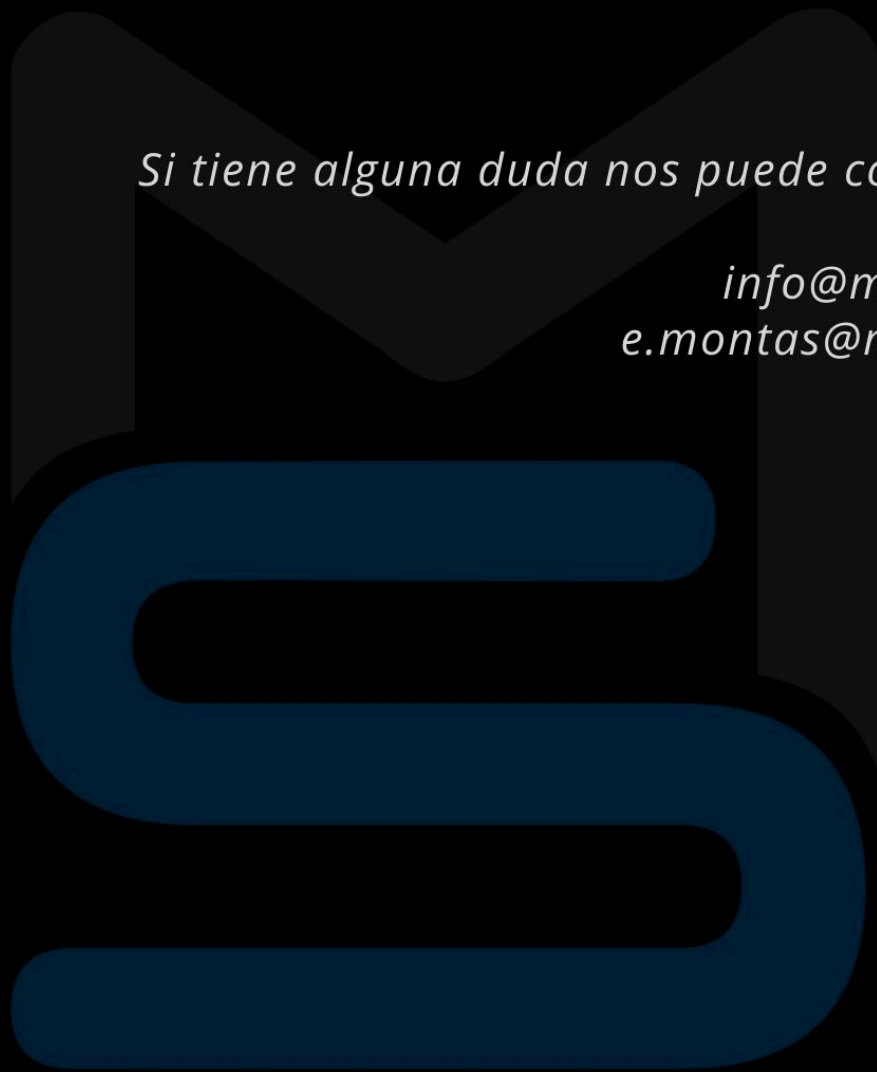
Como nación debemos garantizar de una vez por todas la seguridad ciudadana y alimentaria, el acceso a servicios de salud dignos, a reducir la brecha educativa y consecuentemente tecnológica, entre otras cuestiones que no son solamente derechos universales, sino que son variables fundamentales para lograr el verdadero salto competitivo.

El trabajo que nos espera en nuestros negocios y como Estado no es pequeño. Simplemente no estamos ni remotamente listos para el “nuevo normal”; de hecho, pocas economías lo están. Pero con la implementación decidida y racional de ajustes la incertidumbre puede poco a poco convertirse en esperanza y ese es un buen inicio para proyectar lo que anhelamos del futuro. Lo que no podemos hacer es darnos el lujo de no transformarnos y de aspirar la vuelta al “normal” que precisamente nos condujo al lugar donde estamos.

*“Perspectivas” es una publicación de MS Consultores sobre temas de actualidad. No debe ser tomada como una opinión individualizada.*

*Si tiene alguna duda nos puede contactar a:*

*info@msc.com.do  
e.montas@msc.com.do*



CONSULTORES



@MS\_law

www.msc.com.do



@msc\_rd